

arranques oratorios, sin preparación que los origine, sin camino que les haya conducido, y sin fundamento ni instrucción que les apoye, ¿quién no ve que están fuera de su lugar? Ni más ni menos, han dicho algunos, que un precioso vestido colocado en un maniquí, ó bien una bella decoración á la que le falta un escenario para ser colocada. No se ha producido la idea reveladora que iluminando la mente del orador ha de iluminar la del auditorio; ¿á qué viene, pues, aquel gran aparato y ostentación? Falta aquel *verbo*, aquella palabra engendradora en la inteligencia que diga: *Fiat lux*, la cual ilumina la inteligencia de los oyentes, y entonces se produce aquella luz de la verdad y doctrina que derrama la belleza y hermosura como á cosa que le es tan natural, entonces el orador puede hacer fulgurar esta verdad con todos sus destellos y vivísimos colores, entonces los arranques oratorios y arrebatos del más puro y noble entusiasmo vienen de un modo el más natural y espontáneo, producidos por la misma fuerza de la verdad que, en su clarísima y lógica manifestación, los ha preparado sucesivamente por grados. Entonces, sí, esos arranques oratorios obran maravillas. «Por esto vemos, dice el Sr. Bravo y Tudela, en los grandes oradores, así antiguos como modernos, esos rasgos brillantes y sólidos, traídos por las pruebas y engendrados, digámoslo así, por las razones y por los hechos. Sólo después de argumentos muy nutridos es cuando los grandes oradores conmueven y arrastran al oyente con la fuerza de sus arranques, que de otro modo no tienen razón de ser, y sorprenden sin producir afecto alguno, cuando más el del asombro y la admiración. ¡Asombro pasajero, admiración infecunda, y que muy pronto da pábulo á la más severa censura por parte de los mismos que la han sentido con mayor intensidad!»

23. Las palabras se las lleva el viento, y sólo hacen ruido desde el momento que no instruyen ni tienen fin determinado, ni pueden en manera alguna mejorar las costumbres de los pueblos. Porque las necesidades de éstos, sobre todo hoy día en que tantos errores corrompen su inteligencia y tantos vicios su corazón, exigen sólida y maciza instrucción de los dogmas, verdades y deberes cristianos, con

exposición vigorosa, clara y sencilla de ellos. La razón es una antorcha luminosa en el hombre, y quiere saber y comprender el motivo de las cosas, y entonces, estando perfectamente instruido, ni le deslumbran los falsos brillos de los argumentos de la impiedad ni la lectura de los malos libros; ni, ignorante de los sacrosantos misterios de nuestra Religión, permanece en el estado horrible de la incredulidad, ó en la miseria de un corazón tibio ó de una fe muerta. Porque no puede negarse que hoy día hay mucha ignorancia en materia de Religión, y aún en personas que jamás hubiera podido suponerse, desbordándose ese torrente de males contra la verdadera piedad, patrocinado por esa criminal apatía é indiferencia en instruirse y querer practicar los deberes de la Religión. Es muy atinada y práctica la observación del Sr. Bravo sobre el particular en su *Tratado de Elocuencia Cristiana*: «Si observais en una feligresía que los cristianos concurren diariamente al templo, y sin embargo no están instruidos acerca de la Religión y de sus deberes, decid sin vacilar que el párroco no ha explicado bastante la doctrina, ó ha supuesto un fondo de instrucción de que sus feligreses carecen. De aquí procede que muchos no tienen religión, ó si la tienen, mal comprendida; de aquí que muchos sean indiferentes ó supersticiosos; de aquí el progreso de ciertas teorías; de aquí la confusión de lo temporal y eterno; de aquí... pero no nos cansemos. El sacerdote para ser útil es preciso que instruya, é instruya sólidamente al pueblo cristiano; lo contrario es hablar, hablar, sin decir nada.» ¡Qué desgracia ésta para la Iglesia de Dios! Ya el P. Blot, en su *Prefacio de la Agonía de Jesús*, dice: «En la predicación, lo mismo que en los libros, déjase sentir la necesidad de la doctrina, y uno fatigase pronto de no oír más que buenas y amables palabras, como de no leer más que insulsas y huecas amplificaciones. De ahí viene el gran favor que alcanzan siempre los opúsculos de San Ligorio, donde repetidas citas... ponen en evidencia la doctrina de que tienen necesidad las almas, y que hacen más atractiva la unción de que las rodea el autor.»

24. Ningún sacerdote debe aterrarse ante la obligación de predicar por la necesidad de poner fondo de instrucción

á sus discursos, pues la Religión cristiana es en sí tan hermosa, tan esplendente, que basta presentarla en su natural sencillez, en sus sobrenaturales dones con que la formó su Divino Fundador, que fácilmente cautiva las inteligencias más elevadas y se apodera de los nobles corazones. Hacedla conocer, y se amará, y se practicará, y formará el embeleso del hombre. Bossuet ha logrado más conversiones con su *Exposición de la Doctrina Católica*, que con todos sus libros de controversia; y los Santos Padres han convertido frecuentemente á los infieles, sometido á los herejes y confirmado á los católicos en la verdadera fe, sólo por medio de sencillas explicaciones de las verdades católicas, según observa el Concilio de Trento; y San Carlos Borromeo con sus sencillas explicaciones nutridas de saludable doctrina hacia prodigios de conversiones. Por esto decía San Agustín: *Populi prius docendi quam movendi*. A lo grande, lo bello, lo sublime, lo magnífico, se lanza nuestro espíritu empujado por lo sobrenatural, por la razón de nuestro sér; y la inteligencia, por más que esté extraviada, no resiste tan fácilmente al encontrar á su paso las bellezas de la Religión, que le manifiestan sus desdichas y sus grandezas, y le revelan sus destinos inmortales. Y si esta sencilla exposición es tan arrebatadora, ¿qué será cuando un cimiento de sólidas pruebas sostiene la majestad y grandeza de este espléndido edificio? ¿Quién resistirá el curso impetuoso de este majestuoso río que todo lo arrolla á su paso? Instruid, enseñad, prediquemos con solidez, sacerdotes del Altísimo; es nuestro ministerio; manifestemos á la Religión con todas sus bellezas; aproximaremos su triunfo. En la lección IV trataremos de las fuentes de invención, y véase la XI sobre la confirmación, el género de pruebas, su orden y manera de exponerlas.

25. 2.º **Deleitar.** Si el instruir versa sobre el fondo del discurso, el deleitar consiste en *la manera de decir*. Cómo se entiende esta manera de decir es un punto muy discutido; si por arte de agradar no se entienden más que juegos de un falso bello espíritu, éste la oratoria sagrada lo rechaza completamente. Hamón lo ha definido: *El secreto de hacerse escuchar con placer, con interés, con confianza.*

Placer lo produce la *manera de decir*; interés, el *fondo* de la materia, y confianza, *la virtud* del predicador. El medio, pues, de conseguir un brillante resultado, es si concurren estas tres condiciones para *deleitar* al auditorio.

26. Agradar por *su virtud* es saberse conquistar por sus buenas costumbres y carácter amable el aprecio y estimación de los demás, que es una notable disposición para que oigan atentos y confiados, y hace que cuanto diga el predicador tiene aquella marca de santidad, aquel acento inimitable que es tan bien recibido. Agradar por *el fondo* es proponer aquellas cosas que son ya necesarias, ya útiles y provechosas para el auditorio, y viendo que tanto les interesa están como suspensos de los labios del sacerdote y oyen con sumo gusto. Agradar por *la manera de decir*: aquí está la gran dificultad. Consiste en presentar las ideas y sentimientos con la elocuencia ó gracia que conviene al auditorio á quien se dirigen, y éste es el punto más delicado de la cuestión, el más dificultoso. ¿Debe adherirse el predicador á las gracias de la elocuencia, ó despreciarlas como indignas de la sencillez del Evangelio y de la santidad de la cruz? «El pro y el contra en este asunto, dice el Sr. Bravo, se hallan sostenidos por varones igualmente recomendables por su ciencia y virtud. No hay duda que en esta materia hay dos escollos igualmente funestos que es necesario evitar: el demasiado empeño en rebuscar galas y flores para ataviar el discurso, y el menosprecio de todo adorno, usando de expresión grosera, desagradable y fría.»

27. En cuanto á lo primero, es realmente cosa inconcebible que un ministro de Dios en un ministerio tan sagrado, que tanto afecta á la salvación ó eterna condenación de las almas, se distraiga más en sacar aplausos que lágrimas de los pecadores que le están oyendo, ocupándose más en deleitar que en instruir, en agradar al oído que en conmover el corazón. ¡Cuánto tronaron contra estos sacerdotes los Profetas en el nombre del Señor! *Vae... quæ faciunt cervicalia sub capite universæ ætatis ad capiendas animas.* (Ezech. XIII). «Este es un gran extravío del sentido común, exclama un escritor moderno, como lo sería que un médico colocado á la cabecera de un enfermo de sumo peligro se

entretuviere en verter elegantes frases é iniciar ideas ingeniosas para mostrar su talento, en vez de prescribir con prontitud el remedio necesario para salvar al paciente.» Por esto es que todos los varones apostólicos siempre se han indignado contra este gusto estragado de la predicación, y en la violencia de sus lamentaciones parece que han caído al lado opuesto; mas si lo consideramos bien, veremos que fácilmente se concilian sus opiniones y las de todos los maestros de la verdadera elocuencia, si las reducimos á su justo término, que consiste en tratar con el debido respeto y entusiasmo aquella divina palabra que ha de regenerar la tierra.

28. No es sembrando de flores el camino de los pecadores como se les inspira el santo temor de Dios, y se conmueven sus corazones hasta hacer brotar las lágrimas de un sincero arrepentimiento. Y realmente grandes han sido y son los abusos que se observan en los púlpitos, y con razón los predicadores temerosos de Dios se han sobresaltado en todos tiempos por los males que resultarían en la Iglesia. «Cuando el fuego amenaza consumir una casa, dice Santo Tomás de Villanueva, ¿le ocurre á nadie un período estudiado para pedir auxilio?» «¿Se busca por ventura agua de rosas para apagarlo,» añade San Ligorio? «Estáse abrasando el mundo, dice un docto de los antiguos tiempos en la Vida del P. Granada, y para apagarlo búscanse aguas de flores, destiladas con artificio, y déjense las que corren por comunes; parece de hambre el mundo, y andamos en invenciones de italianas menestras, portuguesas ignarias, y sainetes castellanos; está el siglo lleno de basura y estiércol, y venimos con pulidas escobillas de barba á limpiarlo: enseñamos teologías á quien yerra en el A, B, C.» Y un excelente escritor, después de haber tratado del arte de la predicación, sus primores y dificultades, llorando las calamidades de su tiempo (quiera Dios no alcancen á éstos), de la poca correspondencia que hay entre el tierno y débil modo de predicar con tanta cultura y elegancia, con la rotura de costumbres, perdición de los vicios, y el estrago de las almas, concluye así: *Nescio enim, an cum Diogene in tanta concionatorum copia, accensa lucerna concionatorem que-*

rere possimus, qui pie, qui modeste, qui graviter, qui libere, qui erudite, qui eloquenter, qui accommodate, qui prudenter verbum Dei tractet. (Dr. Diego de Payna Andrade).

29. Y el Ilmo. obispo D. Francisco Terrones, en su *Instrucción de Predicadores*, dice: «En nuestros tiempos habemos conocido al P. Maestro Juan de Avila, y al Padre Lobo y á otros santos varones, que no revolvían muchos libros para cada sermón, ni decían muchos conceptos, ni esos que decían los enriquecían mucho de Escritura, ejemplos ni otras galas; y con una razón que decían y un grito que daban, abrasaban las entrañas de los oyentes. Dios por su misericordia resucite en su Iglesia el espíritu de estos santos varones, como lo piden las necesidades de los fieles; ni permita que sea cierta la proposición del venerable Padre Gaspar Sánchez, jesuíta, ilustre intérprete de la Sagrada Escritura, varón de gran santidad, que decía: que la predicación aseada y culta, sin vigor y sin espíritu, en que el predicador se predica más á sí que á Cristo, era la mayor persecución que la Iglesia de Dios padecía en estos tiempos.»

30. Hemos querido citar estas autoridades, ya para evitar abusos en materia tan delicada, ya para hacer notar de qué motivos procedían aquellas duras recriminaciones contra los adornos retóricos, ya para que vea el predicador el justo medio que se le presenta para anunciar con fruto y dignidad la divina palabra, no apartándose del camino trillado por los Santos Padres y fervorosos varones; pues no hay duda que así como el excesivo cuidado de agradar que manifiestan algunos, es, además de lo que llevamos dicho, indigno del sublime ministerio evangélico; así también es cosa muy laudable y provechosa que el orador sagrado no deseche los atractivos de una elocuencia sólida y verdadera. «Existe, dice el Sr. Bravo, en el corazón humano un secreto é involuntario aprecio hacia el hombre elocuente, que cautiva la atención, despierta el interés, y tiene á todo el auditorio suspenso de los labios del orador que sabe aprovechar oportunamente los recursos del arte, las disposiciones de su ingenio. Pongamos esta noble facultad al servicio de Jesucristo, en Jesucristo, por Jesucristo, con amor, con ternura,

y agradaremos, cautivaremos los auditorios. ¿No sería vergonzoso que mientras los profanos aspiran á poseer un lenguaje puro, brillante, enérgico para manejar con habilidad la ficción y la mentira, la palabra de Dios fuese tratada con descuido, presentada en un estilo bajo, rastrero y trivial, y recitada fría y torpemente? La experiencia y el estudio del corazón humano demuestran que los más necesitan ser ganados por formas atentas, y atraídos por el cebo del placer: *Illum qui est delectatione affectus, facile quo volueris duces*, dice San Agustín; *nemo flectitur si moleste audit.*»

31. Y sigamos el consejo tan sencillo y práctico que en otro lugar nos da este gran Padre de la Iglesia comparando los adornos del arte á la salsa, para que el manjar espiritual nos sea apetecible y no nos hastíe. «Mas por cuanto hay alguna semejanza, dice, entre los que comen y los que aprenden, para evitar el fastidio de los más, es preciso sazonar y condimentar aún aquellos alimentos sin los cuales no se puede vivir.» Y entonces la verdad bella, seductora, convincente, tiene entrada aún en los corazones más rebeldes: *Ita ut veritas placeat*. Los Santos Padres de todos los siglos siempre la divina palabra la usaron noblemente, y con esto no sólo instruyeron y deleitaron, sino que tuvieron el arte de *conmover* los corazones, que es el tercer fin de la retórica.

32. 3.º **Conmover.** ¡Conmover! palabra ésta á donde se dirige toda la fuerza de la elocuencia, todos sus preceptos, todas sus aspiraciones. ¡Conmover! es convencer, persuadir, traspasar el corazón, ablandarlo, arrastrarlo, hacerse dueño de él. Noble facultad la de la elocuencia que sabe conmover el corazón, que, puesto bajo su poderosa influencia, se levanta, se abate, se estremece, se encoleriza, se enardece, se enfurece, perdona, gime, llora, sufre, goza, canta, se alegra, se extasía, se sublima... ¡oh poder misterioso de la elocuencia! Con esto aparece evidente que una de las cualidades esenciales de la predicación es saber tocar este oculto resorte del corazón, es saber aplicar el plectro de la divina palabra á sus fibras tan sensibles y delicadas; no parar hasta arrastrar la voluntad á desechar lo malo, abrazar lo bueno, detestar el vicio, practicar la virtud, y deter-

minarla á hacer firmes resoluciones y propósitos. ¡Qué imponente y arrebatador espectáculo contemplar muchedumbres que en inmensos oleajes se mueven, se agitan cual las hojas de los árboles, dominadas bajo la elocuente é inflamada palabra del inspirado de Dios, que arranca suspiros, lágrimas y gritos de misericordia aún de los pecadores más endurecidos! Páginas conmovedoras de la historia de la predicación apostólica que sin cesar se repiten. El P. Sénieri en una ciudad de las más célebres de Italia movió el pueblo á exclamar: *Padre, no más; estamos persuadidos, estamos convencidos*. Y quien se golpeaba el pecho, quien suspiraba, quien lloraba. Y en otra ciudad, á algunos pecadores obstinados se les oyó decir estas precisas palabras: *Vamos á oír cualquier otro predicador, pero no al P. Sénieri, sino nos convertiremos*. ¡Qué vehemencia tan grande en conmover! (Cesena, *Capuch.*, *Ret.* c. v). Demóstenes fué un grande orador, poseyó en alto grado la facultad de mover. Fenelón le pone en boca estas palabras, referentes al orador romano: «Tú distraías con los rayos de tu talento; yo hería, abatía, destruía como un rayo: Tú hacías exclamar: «¡Qué bien habla!» y yo hacía decir: «Vamos, marchemos contra Filippo.» Aquí se expresa con toda energía el talento de conmover y enardecer los ánimos.

33. Cuando se ha llegado á conmover, á arrastrar la voluntad á donde se quería, la victoria ya está obtenida de parte del orador. Se ha alcanzado lo que se pretendía. Se ha cumplido el fin de agradar, pues bastante se agrada cuando se logra mover, y este punto más es obra del corazón que del entendimiento. Y á medida que la conmoción más y más se va apoderando del corazón, ya sólo conviene ayudarla hablando á ese mismo corazón, en donde el mal tiene más asiento que en el entendimiento; flechar ese corazón con las saetas divinas del amor, de la compunción; procurando conmovernos á nosotros mismos para conmover á los demás, según la máxima de Horacio: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*. «Apártense del púlpito, exclama un escritor, esos predicadores cuyas frías palabras indican que están plenamente resignados con la reprobación del auditorio.»

34. Cómo y de qué medios se ha de valer el predicador para esta conmovión, lea la Lección XL, que es la última; pues ahora pasamos á tratar de las fuentes de invención, que son para obtener estos tres fines de la retórica eclesiástica. Después, del modo que estos materiales deben ordenarse; luego, del estilo, tropos y figuras que deben adornar el discurso; y por fin, el modo de expresarlo en el lenguaje oral y de acción. Por lo que dividiremos este *Compendio de Elocuencia* en cuatro Libros:

- LIBRO I. INVENCION.
- LIBRO II. DISPOSICION.
- LIBRO III. ELOCUCION.
- LIBRO IV. PRONUNCIACION.

LIBRO I.

INVENCION.

LECCIÓN IV.

Sus fuentes para instruir, deleitar, mover.

35. Como los fines de la retórica ya hemos dicho en la lección precedente que son *instruir, deleitar y conmover*, para que la predicación santa logre su objeto, necesariamente el sacerdote debe estar instruido, y poseer las fuentes de sabiduría que puedan suministrarle todos los debidos recursos para su elevado ministerio, y estar así preparado á cualquier evento: confirmar en la fe, saber defenderla, refutar los errores, é instruir al pueblo cristiano como lo quiere San Pablo: *Ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia: ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus.* (II Tim. II, 4). De lo contrario podrían seguirse muchísimos males de sus inexactitudes, falta de precisión, vaguedades é ignorancia.

36. San Gregorio á los predicadores, sobre todo jóvenes, que sin la ciencia suficiente, y sin haber hecho el acopio necesario antes de repartir, ya pretenden lanzarse al púlpito, figurándose que son aptos, sin saber aún el fondo de lo que han de decir, los compara con los tiernos pajarillos que, queriendo remontar demasiado alto antes de tener alas bastante fuertes para sostenerse en el espacio, caen á tierra y se matan. Y los lastimosos resultados en el púlpito lo manifiestan bien cuando los jóvenes, presurosos antes de tiem-